

A principios del Siglo XX, mediante la denominada *filosofía del giro lingüístico*, cobró fuerza una discusión acerca de la relación existente entre lenguaje y pensamiento que fue planteada ya en el Siglo XVIII. A día de hoy dicha discusión se encuentra más abierta que nunca, en la medida que se ha tornado una cuestión multidisciplinar donde, además de la filosofía, la lingüística, las ciencias cognitivas y las neurociencias tienen mucho que aportar. Desde este marco multidisciplinar, el teatro, en tanto que adquiere una dimensión hablada y escrita, resulta ser el ejemplo perfecto para mostrar el impacto cognitivo del lenguaje. Así, haciéndonos cargo de este impacto, podemos utilizarlo como una estrategia pedagógica para abrir nuevas vías en el proceso educativo.

1. EL IMPACTO COGNITIVO DEL LENGUAJE

La formulación básica de la *tesis del impacto cognitivo del lenguaje* (en adelante ICL) sostiene que el lenguaje, entendido como la lengua natural que un individuo particular habla, afecta / determina al pensamiento. Esta idea ya podemos encontrarla en la filosofía moderna, pues Locke afirma que, a pesar de que la principal función del lenguaje es la comunicativa, existen efectos retroactivos del lenguaje en las ideas. Asimismo, Condillac, que irá más allá de Locke superando su carácter empirista, sostendrá que mediante el lenguaje podemos tomar una actitud activa que nos permite cambiar nuestros perfiles cognitivos. Posteriormente, Jackendoff hará converger una postura autonomista con ciertos impactos:

«El pensamiento es una función mental completamente separada del lenguaje y puede desarrollarse en ausencia de lenguaje. Por otro lado, el lenguaje proporciona un andamiaje que hace posibles ciertas variedades de pensamiento que son más complejas que las accesibles a pensamientos no lingüísticos» (Jackendoff, R. 1996:1).

En cualquier caso, existirían dos versiones de dicha tesis atendiendo al alcance de la misma, a saber: si caracterizamos la relación en términos fuertes, nos encontramos con un determinismo lingüístico que sostiene que el lenguaje determina al pensamiento. Por el contrario, una versión débil viene a decir que el lenguaje afecta al pensamiento, planteando que existen ciertos impactos plausibles no deterministas.

Así, el substrato que permea a la ICL es la postura que se conoce como *relatividad lingüística*, formada por un conjunto de hipótesis sobre el efecto psicológico

y cognitivo del lenguaje sobre la cultura. Entre ellas nos encontramos con la celeberrima *hipótesis de Sapir-Whorf*:

«Los seres humanos no viven solo en el mundo objetivo, ni solo en el mundo de la actividad social tal y como se entiende ordinariamente, sino que *están muy a merced de la lengua* particular que se ha convertido en el medio de expresión para su sociedad» (Sapir, 1929:69).

Esta postura bebe directamente de los planteamientos estéticos propuestos por el movimiento *Sturm und Drang*, desarrollado a lo largo de la segunda mitad del Siglo XVIII en Alemania. Dicho movimiento, expuesto de forma brevísima, fue la antesala del romanticismo en la medida que era una reacción contra el neoclasicismo de tal modo que se desplazaba la razón por el sentimiento abriendo la posibilidad de una subjetividad individual que se encontraba encorsetada en los rígidos cánones clásicos. De esta forma, el argumento general a favor de la *relatividad lingüística* arguye que existen diferencias de pensamiento entre hablantes de lenguas diferentes, partiendo de las premisas formadas por el ICL y por la *diversidad lingüística*. Esta última parte del factum de que en el mundo se hablan más de 6.000 lenguas, lo que supone una gran pluralidad. Así, la mayoría de lenguas son ininteligibles entre sí, incluso perteneciendo a la misma familia lingüística. Un trivial ejemplo puede arrojar luz sobre esta cuestión: un hablante de alemán y otro de castellano difícilmente podrán establecer una comunicación a pesar de que ambas lenguas pertenecen a la denominada familia indoeuropea.

En consecuencia, el alcance es lo nuclear de la cuestión de tal forma que conllevará, irremediablemente, dos posturas indisolubles. Sea como fuere, lo que resulta interesante es que, dejando a un lado la fuerza del impacto, existen dichos impactos cognitivos. Y para lo que interesa en el presente escrito, nos quedaremos, en lo sucesivo, en el mero nivel semiótico:

«La presencia de una estructura conceptual en el cerebro a menudo causa que éste desarrolle una correspondiente estructura lingüística, que podemos bien pronunciar o sólo experimentar como imagería lingüística. Conversamente, las estructuras lingüísticas en el cerebro [...] invariablemente guían al cerebro a crear un pensamiento correspondiente» (Jackendoff, R. 1996).

2. LA METACOGNICIÓN

El término *metacognición* fue utilizado por Andy Clark para referirse a aquellos impactos que el lenguaje tiene sobre el pensamiento y provocan efectos beneficiosos en este último, en el sentido de ofrecer una dinámica cognitiva de segundo orden, esto es, la reflexividad humana. Para explicar este fenómeno, lo hará por analogía a un bosque de manglares: el suelo se correspondería con el pensamiento mientras que el bosque es el lenguaje. En general, el suelo es condición de posibilidad para la existencia de un bosque, en virtud de que las semillas se hunden en la tierra para que puedan germinar. En cambio, en el bosque de manglares, las semillas flotan en el agua echando una serie de raíces aéreas hacia el fondo formando una red que, paulatinamente, va recogiendo y compactando sedimentos formando una isla donde el manglar asentará. De esta manera, y por analogía, el lenguaje estaba primero, y sobre la plataforma que él creó, apareció el pensamiento:

«El lenguaje público y el repaso interior de oraciones actuaría, según este modelo, como las raíces aéreas del manglar – las palabras servirían como puntos fijos capaces de atraer y posicionar materia intelectual adicional, creando las islas de pensamiento de segundo orden tan características del paisaje cognitivo del homo sapiens» (Clark, A. 1998:8).

Por tanto, se puede entrever que la postura general de Clark se basa en un sistema extendido gracias al lenguaje. Esta extensión funciona como una herramienta que nos permite mejorar los procesos de computación del cerebro. Por tanto, el ser humano es, propiamente, un *ser extendido* en la medida que el sistema cognitivo global está formado por un cuerpo y unas herramientas, esto es, no solo somos cerebro, sino que los artefactos lingüísticos nos ayudan a complementar nuestra actividad cognitiva.

Así, a modo de conclusión, retomo la celeberrima cita de Clark donde nos muestra el papel del lenguaje:

«El papel del lenguaje público y los textos en la cognición humana no se limita a la preservación y comunicación de ideas. Al contrario, esos recursos ponen a nuestra disposición conceptos, estrategias y trayectorias de aprendizaje que simplemente no están disponibles para los cerebros individuales, no-aumentados. Mucho del verdadero poder del lenguaje reside en su poco apreciada capacidad de reconfigurar los espacios computacionales con los que se enfrentan los agentes inteligentes» (Clark, A. 1998:6).

3. EL LENGUAJE DRAMÁTICO.

El arte dramático adquiere, atendiendo a las secciones anteriores, el rol perfecto para tratar de mostrar la capacidad extensiva del lenguaje. De esta manera, se hace necesario separar los dos textos que están en juego: por un lado, el texto dramático escrito por el dramaturgo; y, por otro lado, el texto espectacular.

El texto dramático responde a todas las características propias de un texto escrito. Así, y como aspecto más obvio, sirve como soporte físico para *elegir a la posteridad* la obra particular. De este modo, cualquier lector puede tener acceso al texto, sin importar que autor y lector coincidan en el mismo contexto espaciotemporal. Asimismo, la obra invita al lector *arrojarse* al texto, esto es, realizar un ejercicio interpretativo mediante el cual debe desarrollar una *empatía* con el escrito. En consecuencia, el primer beneficio que otorga el arte dramático es la lectura, cuyos efectos positivos en nuestra psique son ya clásicos en términos psicológicos. Por citar algunos, básicamente se centran en la interconexión neuronal, específicamente las neuronas de la zona sensorial motora del surco central (o de Rolando) queden mejor comunicadas, lo cual está vinculado a una mayor capacidad para ponerse en la piel de otras personas, a saber: el desarrollo de la empatía para combatir la psicopatía y el nihilismo que permea la sociedad. Además también combate el efecto de apalancamiento provocado por la *rumiación*, esto es, que nuestro foco atencional quede enganchado de manera obsesiva sobre algún pensamiento que nos provoque angustia.

Por otro lado, quizá sea más interesante los beneficios del texto espectacular. Dicho texto, que no tiene por qué estar escrito, defiende una tesis básica en la que se basa la neuroeducación: la emoción vinculada al aprendizaje. Según esta tesis, sólo aprendemos aquello que nos apasiona. De este modo, el teatro ofrece una vía fundamental en el proceso educativo, en la medida que mediante el espectáculo, mediante la representación misma de la obra se abren nuevos horizontes para permear de emoción al público.

«Y es que a nadie se le escapa que todo acontecimiento nuevo asociado a un episodio emocional, bien sea de placer o dolor, permite un mayor y mejor almacenamiento y evocación de lo sucedido» (Mora, F. 2016:66).

4. CONCLUSIONES

Los efectos que otorga el teatro a nuestro cerebro resultan beneficiosos en términos de plasticidad en dos sentidos: de un lado, efectos positivos vinculados al lenguaje mismo, en la medida que nos proporciona un andamiaje mediante el cual podemos desarrollar el fenómeno de la metacognición en virtud del impacto cognitivo del lenguaje. De esta manera, cultivar nuestra lengua mediante la literatura abre la posibilidad a crear impactos tanto sobre el pensamiento como sobre el lenguaje, motivados por ser la herramienta básica que posibilita nuestra interacción social y el medio de expresión de nuestras emociones. Por otro lado, dicha emoción, canalizada a través de la representación de una obra, abre un nuevo camino pedagógico para poder conducir al *paidíon* hacia una educación propiamente humana, donde emoción y aprendizaje van de la mano.

«Hoy comenzamos a saber que el binomio emoción-cognición es un binomio insoluble»
(Mora, F. 2016:66).